

Eliseo Diego:

# A través de mi espejo

Eliseo Diego, (La Habana – 1920) es autor de una amplia y deslumbradora bibliografía en prosa y poesía. Para Eliseo, la comunicación de la palabra poética en general es algo que sucede en un pequeño círculo de luz rodeado de la sombra. "A través de mi espejo", se constituye en la iluminación más directa sobre su creación.



(Tercera de cuatro partes)

Está en cierta escena al parecer inane de Grandes esperanzas, para mí la mejor novela de Carlos Dickens. Mi madre vivió de niña en las cercanías de Nueva York – siempre la veo, pequeña y sola en su internado, alisando, por el ventanal del dormitorio, los manzanos ateridos entre la nieve–, y fue ella quien me mostró el camino al País de las Maravillas y, sobre todo, me enseñó a querer a Dickens. Deliciosa y a veces exasperadamente femenina, poseída de una curiosidad tan insaciable como alegre, nadie como ella sabe recitar los parlamentos de Micawber o, en especial, la famosa escena en que la imponente Señora Wilfer, bajando la voz como si relata-se una terrible historia de fantasmas, cuenta cómo conoció por primera vez al tímido Señor Wilfer. A mi madre le debo –qué no deberé a ella– mi sentido del humor –lo

dijo tentativamente– y el haberme puesto en camino de esta escena de Grandes esperanzas.

Se trata del pequeño "paso de danza" en que Pip persigue a Estela por todos los rincones del viejo jardín en ruinas, viéndola desaparecer, lejana, a cada encuentro, hasta que por fin la niña, allá en lo último del cobertizo abandonado, trepa la escalerilla de hierro para perderse tarde arriba. Qué significa esta escena en la arquitectura de la novela, me preguntaba inútilmente. Pero de pronto descubrí que no habría respuesta mientras pensara en máquinas. La novela –o, por lo menos, esta novela– era en realidad una criatura, y su simiente, el pequeño "paso de danza". Simple, decisivo descubrimiento que me permitiría dedicarme a mis anchas al cultivo de tales simientes, con un mínimo –lo confieso– de esfuerzo, y un máximo de satisfacción verdadera. Agréguese que la idea de semilla iba a proporcionarme una imagen del poema que sigo hallando utilísima: la imagen de un todo viviente en que se resumen incontables posibilidades o sentidos cuya expresión consiste, justamente, en su ser tácito. Archibald McLeish ha dicho que un poema no debe significar con su ser, me parece; lo que sucede es que nunca podrá la razón atraparle el sentido, como tampoco puede atrapárselo a una flor, un gato, un niño, un caracol o una pelota. El arte, decía Leonardo con muchísima sensatez, imita a la naturaleza.

Voy ya viendo que estas páginas no brillan precisamente por sus esclarecimientos, si es que brillan por algo; pero será preciso un poco más de oscuridad aun, puesto que se ha pedido que hable de su poesía a quien no sabe muy bien a qué atenerse con ella. Nada diré, por tanto, de sus temas o recursos o propósitos, cosa que otros pueden hacer mejor que yo, suponiendo que quieran tomarse el trabajo; pero sí aludiré a las hebras que la forman, ya que a éstas sólo yo las conozco. (Unas se las tomé a la trama de la luz; otras a la estofa de la tiniebla; y el resto al paño de que están hechas la casaca real del Gato con Botas y la caperuzita del bosque).

En sucesivas notas biográficas se ha consignado con admirable diligencia cierto dato que Cintil señaló por primera vez, y que, puesto que fue él quien lo subrayó, ha de tener más importancia de la que a simple vista parece. "Viajó de niño por Europa y los Estados Unidos", se informa; pero la cuestión es por qué resulta indispensable decirlo. Y es que Cintil intuyó, con su agudeza de siempre, que sin este viaje a Europa mi obra –qué vergüenza me da esta palabra y cómo quisiera ponerla con una "o" especialmente minúscula–, o no habría sido, o habría sido muy distinta.

Pues una cosa es soñar el bosque de Pulgarcito y otra estar en él; una cosa es oír hablar del diablo y otra es pasar frente a su Cueva. Las incursiones que los niños hacen por tierras de cuentos les ganan el don de mirar su casa desde lejos, don utilísimo; calcúlese cuánta mayor será la lejanía que me proporcionó mi viaje. Crucé el espejo hacia la Francia de Perrault y Aloysius Bertrand, no la de Fouché o de Gaulle; y habiendo aprendido su idioma, lo olvidé pronto para quedarme sólo con un poco de su alma. ¿Qué habría sido de mí sin la penumbra de los para quedarme sólo con un poco de su alma. ¿Qué habría sido de mí sin la penumbra de los inmensos bosques de la Auvernia, sin los baños romanos de Roayat, sin las maromas del guignol en los parques crepusculares? Mis primeros maestros de poesía se llaman Luigi, el "maitre" del Hotel León, en Roayat, y Olga, su esposa. ¿Cómo les habrá ido en las catástrofes que luego sufrió su Patria? Les cabe la pequeña gloria de haberle abierto los trillos del alma a un oscuro poeta menor de las Antillas, Dios los bendiga, y no llegaron a saberlo.

A poco estuvo que se les fuese la mano en esto de los trillos del alma; a poco estuvo que me enviaran de cabeza a la otra parte. Pues Luigi puso a mi entera disposición todas las delicias culinarias del Hotel León –que eran muchas–, y mis seis años se precipitaron sobre ellas con una voracidad indecorosamente tropical. Lo que siguió condujo a las puertas de la muerte; pero en el umbral estaba Olga, contándome en su voz gentilísima, a través de la tarde velada, la historia del Gato con Botas. Creo que la curiosidad me salvó entonces. Vamos a resumir toda esta alianza de muerte y poesía en el poema siguiente, que de otro modo no se habría publicado:

## Himno a las postrimerías

A Olga

*En la Auvernia el Gato con Botas  
me vino a ver con un pañ de muerte.  
Del pueblo viejo de Roayat venía  
con mucha pompa y cortesía  
como a anunciarme la Parusia  
el Gato con Botas con su pañ de muerte.*

*Mis seis años ya se apagaban  
con el soplar de las linieblas;  
no veía nada sino la nada,  
sólo sentía la cama helada  
hasta que oí en la lejanía*

*al Gato con Botas con su pañ de muerte.  
Por la cueva que llaman del Diablo,  
como queriéndolo y no queriéndolo,  
por un sendero entre las rocas,  
siendo ya escándalo de las ocas,  
a largos pasos sí que venía  
el Gato con Botas con su pañ de muerte.*

*Rompió la fiebre en ascuas claras,  
los olores se iluminaron  
como vitrales al sol de junio;  
volvióse el tacto un plenilunio  
para acoger la epifanía  
del Gato con Botas con su pañ de muerte.*

*Todo el campo de Francia consigo traje,  
los bosques serenos que son su aroma,  
los ríos rolados en que ella canta,  
las piedras en que su corazón levanta,  
todo ceñido a la cortesía  
del Gato con Botas con su pañ de muerte.*

*Desde lo último de mí mismo  
lo recibí como a victoria.  
¡Bien me enseñó que la belleza,  
las cosas todas en su riqueza,  
tocan a vida en las postrimerías  
el Gato con Botas con su pañ de muerte!*

Pero todo lo anterior y todo lo que había de venir luego, los más fantásticos personajes de mis figuraciones de niño y, barajados los días, de mis cuentos fantásticos; los conversadores de "El sitio en que tan bien se está" –tres o cuatro o no sé cuántos– y los raros animales de Versiones y los niños de El oscuro esplendor; todas estas figuras están tramadas sobre la urdimbre de mis creencias católicas. En ellas tengo, como sucede con todas las creencias y causas, muy buena y muy mala compañía; tengo a San Agustín, el primero que se atrevió con el océano de la memoria, y a San Francisco, que le escribió al sol el más hermoso poema del mundo, y con ingenua familiaridad lo llamó su hermano; y tengo al Padre Camilo, que se fue a guerrear por los pobres de su tierra y les dio la vida, probándose así el mayor de los amigos, cuyas bolas de guerrillero no fuera yo digno de atarle; pero también, es verdad, tengo a Judas y a los hombres de alma gorda que van a misa y negarían su mesa al hijo del carpintero. Triste paradoja es que muchos que no creen en Cristo lo sigan por las treinta monedas, mientras otros se apartan de él para dar de comer a los hambrientos. Aunque algunos no puedan o no quieran concebirlo, es justamente por mis creencias que he echado mi suerte junto a aquellos que en mi país lo entregan todo al servicio del hambre y la sed de justicia –entre los que he tenido el honor de conocer a jóvenes de absoluta pureza junto a los cuales sería morir un privilegio. Pero ya esto es otra historia, mucho más grande que la mía.

Lo que importa a nuestro objeto es que sólo en esas creencias hallo el trasfondo de abismos que hacen, para mí, del destino del hombre una temblorosa y apasionante aventura. Quisiera transcribir, como ejemplo de mi punto de vista, estos versos en que intenté reflejar el momento culminante del drama –aquel en que el Hombre –escrito ahora con mayúscula– se enfrenta a la suprema tentación de la desolación y el orgullo, de la tristeza y de la nada, que lo miran también con ojos humanos, pero muy distintos de aquellos que observan con igual cuidado la veta en la tabla de cedro y el pliegue amargo junto a la boca adúltera.

(Continuará)

